

EXPOSICIÓN DE ANTONIO BUJALANCE

FRANCISCO BENÍTEZ

El pasado mes de noviembre, en la galería Carmen del Campo tuvimos la oportunidad de ver los cuadros recientes de Antonio Bujalance en una exposición titulada "Música y Paisaje".

Los paisajes de Antonio Bujalance son una fusión entre la ensoñación y lo terrenal, entre una imaginación ardiente de sentimiento y un ojo avizor que disecciona las tierras, las aguas y los cielos.

Cielos donde el blanco surge como la premonición de una aparición o donde el rosa reza la oración de un crepúsculo lejano; tierras de ocres y amarillos, llagadas por el rojo, donde sus formas geométricas se diluyen por una percepción original que vibra y tiembla; agua casi negra, como en "La laguna oscura", cuna del azul de una noche en ella sumergida donde espejea una luz de nieve.

Son sus paisajes la visión de un mundo que es el nuestro pero nimbado por un aura irreal donde habita lo desconocido; como si fuesen mirados por alguien que ve lo que nosotros no vemos: su estructura más íntima, sus colores más desvelados y más desnudo el espíritu que dentro de cada paisaje palpita.

Aunque incluidos como paisajes los cuadros de la serie "Desde la altura" es un punto y aparte donde su ambición corre pareja con su grandeza.

Es una visión de la Tierra desde muy arriba, allá en el cielo. Pero ese planeta visto es la Tierra interiorizada en el alma del pintor, su cosmogonía íntima, su visión del mundo cuando Antonio Bujalance sueña. Y de sus sueños surgen continentes de formas desconocidas, mares nunca navegados, islas que nunca serán descubiertas, desiertos y cumbres que no conocerán jamás el pie del hombre. Pero sabemos que existen: la mirada de Antonio los ha visto y su mano los ha pintado.

En sus cuadros sobre la música salvo las cinco líneas del pentagrama en todos insinuadas, la pintura es sonido expresado por el color, la textura, las formas y las líneas. Y queda la música apresada: la gravedad del réquiem que se hunde en azules profundos, teñidos por verdes y negros funerales, el agrio rojo de los violines, melódicos y agudos, que tiñen de sollozos el agua de las lágrimas; y las líneas, que son trompetas, suben en su alarido y sus éxtasis para hundirse luego en el mar de los silencios.

Atrevimiento y maestría. Ese es el último Antonio Bujalance.

